

contraba ocasion. Felizmente se presentó en el Escorial; á donde el Rey y el Príncipe de España fueron algunos dias despues.

CAPITULO VI.

Como Gil Blas hace conocer su miseria al Duque de Melar, y de qué modo le trató el Ministro.

Quando el Rey estaba en el Escorial mantenía á todo el mundo, de modo que alli no sentia yo el peso de la pobreza. Dormia en una recámara cerca de la sala del Duque. Una mañana habiéndose levantado el Ministro, segun su costumbre, al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con una escribania, y me dixo le siguiese á los jardines de Palacio. Nos sentamos baxo unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios muy serios, y á la verdad solo hablábamos de vagatelas.

Ya habia mas de una hora que le divertia con todas las agudezas que me sugería mi humor jocoso, quando se plantaron dos grajas

sobre los árboles que hacian sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara, que nos llamaron la atención. Estos páxaros, dixo el Duque, parece que están de riña: me alegraría saber el asunto de su quimera. Señor, le dixe, vuestra curiosidad me trae á la memoria una fábula Indiana que leí en Pilpai ú en otro autor fabulista. El Ministro me preguntó qué fábula era ésta, y se la conté en estos términos.

En cierto tiempo reynaba en la Persia un buen Monarca, que no teniendo bastante capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, encargó este cuidado á su gran Visir. Este Ministro, llamado Atalmuc, tenia un genio superior. Sostenia sin atosigarse el peso de aquella vasta Monarquía, y la mantenía en una paz profunda. Tambien tenia el arte de hacer amable la autoridad Real, haciéndola respetar, y los vasallos hallaban en este fiel Visir un padre que los amaba tiernamente. Atalmuc tenia entre sus secretarios un joven natural de Cachemira, llamado Zangir, á quien amaba mas que á los otros, gustaba de hablar con él, le llevaba á caza, y le descubria hasta sus mas secretos pensamientos. Un dia que cazaban ambos en un bosque, habiendo visto el Visir dos cuervos que graznaban sobre un arbol, dixo á su secretario: yo me alegraría saber lo que estos animales se dicen en su lengua. Señor, le respondió el de Cachemira, vuestros deseos

se pueden satisfacer; ¿y cómo, dixo Atalmuc? Has de saber, Señor, que un Dervich cabalista, respondió Zangir, me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

El Visir consintió en ello, y el de Cachemira se acercó á los cuervos, é hizo como que los escuchaba atentamente. Despues de esto volvió á su amo y le dixo: Señor, ¿creeréis que somos nosotros el asunto de su conversacion? El Ministro Persiano exclamó que no era posible. ¿Pues qué dicen de nosotros? Uno de ellos, repitió el secretario, ha dicho: vé aquí al mismo gran Visir, este águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que vela sin cesar en su conservacion. Para desahogarse de sus penosos trabajos viene á cazar á estos bosques con su fiel Zangir. ¡Qué feliz es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Vamos con tiento, interrumpió el otro cuervo, vamos con tiento: no celebres tanto la felicidad de este Cachemirano. Atalmuc, es cierto, que se entretiene con él familiarmente, que le hace la honra de confiarle sus secretos, y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo considerable; pero entretanto Zangir morirá de necesidad. Este pobre diablo vive en el camaranchon de una posada, en donde le falta lo mas necesario: en una palabra, vive miserablemente sin que

que en la Corte lo perciba nadie. El gran Visir no cuida de saber si se halla bien ó mal, y contentándose con tenerle afecto le dexa abandonado á la miseria.

Aquí cesé de hablar para mirar al Duque de Melar, que me preguntó sonriéndose, qué impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si este gran Visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario. No señor, le respondí un poco turbado de su pregunta: la fábula dice todo lo contrario, y que le colmó de beneficios. Fué fortuna, repitió el Duque con seriedad, porque hay Ministros que no llevarian á bien se les diese semejantes lecciones. Pero añadió, rompiendo la conversacion y levantándose, creo que el Rey nada tardará en despertar. Mi obligacion me llama, y debo acompañarle. Diciendo esto caminó muy de priesa hácia Palacio sin hablarme mas, y á lo que percibí, poco contento de mi fábula Indiana.

Le seguí hasta la puerta de la sala de S. M., despues de lo qual fuí á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete en donde trabajaban nuestros dos secretarios copistas, que tambien eran del viage. ¿Qué tiene Vmd., señor de Santillana, dixerón al verme? Vmd. está muy callado. A Vmd. le ha sucedido algun accidente desagradable.

Como estaba tan creído de lo mal recibido

do que habia sido mi apólogo no oculté mi dolor. Les dí cuenta de las cosas que habia dicho al Duque, y manifestaron que sentian la afliccion que me oprimia. Tiene Vmd. razon para estar desazonado, me dixo uno de ellos. S. E. algunas veces toma las cosas á mal. Es muy cierto, dixo el otro. Quiera Dios que sea Vmd. mejor tratado que lo fue un secretario del Cardenal Espinosa. Este, cansado de no haber recibido nada en quince meses, que estaba ocupado por su Eminencia, tomó un día la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para su subsistencia. Es justo, le dixo el Ministro, que se le pague á Vmd. Tomad, prosiguió, alargándole una libranza de mil ducados, id al tesoro Real á recibir esta suma; pero acordaos al mismo tiempo que estoy reconocido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado si despues de recibidos estos mil ducados le hubiesen dexado buscar empleo en otra parte, pero al salir de casa del Cardenal le prendió un alguacil, y le llevó á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Esta historieta redobló mi temor, me contemplé perdido, y no pudiendo consolarme, principié á reprehenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido demasiada. ¡Ay de mí! decia, para qué me habré yo aventurado á relatar esta desgraciada fábula, que ha desagradado al Ministro! Acaso iria ya

á sacarme de mi estado miserable: puede ser que fuera yo encaminado á hacer una de aquellas fortunas súbitas que espantan á todo el mundo. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por un desatino! Debía haber reflexionado que hay Grandes que no quieren que se les advierta nada, y que hasta las mas mínimas cosas que tienen precision de dar, quieren que sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar mi dieta, sin haber manifestado nada al Duque, y aun debía haberme dexado morir de hambre, para haberle culpado del todo.

Quando me hubiera quedado alguna esperanza, mi amo, á quien ví por la siesta, me la hubiera desvanecido enteramente. S. E. contra su costumbre estuvo muy serio conmigo, y no me habló absolutamente, lo que en el resto del día me causó una mortal inquietud. La noche no la pasé mas tranquila. La desazon de ver desvanecerse mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los prisioneros de Estado, solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El día siguiente fue el que decidió. El Duque me hizo llamar por la mañana: entré en su sala temblando mas que un reo á quien se va á juzgar: Santillana, me dixo manifestándome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza. . . Esta palabra libranza me hizo temblar, y dixé entre mí: ¡Oh cielo! vé aquí

el

el Cardenal Espinosa: el bagage está prevenido para Segovia. El temor que me poseyó en este momento fue tal que interrumpí al Ministro, y arrojándome á sus pies le dixé llorando: Señor, suplico á V. E. muy humildemente me perdone mi atrevimiento. La necesidad me ha forzado á decir á V. E. mi miseria.

El Duque no pudo dexar de reir al ver mi turbacion. Consuélate, Gil Blas, y escúchame; me respondió: aunque descubriéndome tus necesidades me echas en cara el no haberlas prevenido, no te lo tengo á mal, mi amigo; ántes bien me reprehendo á mí mismo porque no he preguntado de qué te mantenias. Pero para empezar á reparar este descuido te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los quales, vista, te se darán en la Real tesoreria. No paró en esto: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doy facultad para que hables en favor de las personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

Con el arrebatamiento de gozo que me causaron estas palabras besé los pies del Ministro, quien habiéndome mandado que me levantára continuó hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor; pero no me fue posible pasar tan de pronto del dolor á la alegría. Quedé tan turbado como un infeliz que en el momento que esperaba la muerte oye el perdon. Mi amo atribuyó mi agitación al solo temor de haberle desagradado, aunque

que el temor de una prision perpetua no tuviese la menor parte. S. E. me confesó que habia aparentado tibieza por ver si yo sentia su mudanza; que por mi sentimiento habia cono- cido quanto le amaba, por lo que él tambien me amaba mas.

CAPITULO VII.

Del buen uso que hizo de sus mil y quinientos ducados: del primer negocio en que se mezcló, y del provecho que sacó de él.

El Rey, como si hubiera querido sacarme de mi impaciencia se volvió desde el dia siguiente á Madrid; fuí volando al tesoro real, en donde tomé inmediatamente la suma contenida en mi libranza. Es de admirar que no se vuelque el juicio á un mendigo, que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo me troqué luego que se mudó mi fortuna: no escuché mas que mi ambicion y vanidad, dí mi miserable quarto á los secretarios que todavia no sabian el idioma de los páxaros, y por la segunda vez alquilé mi hermoso aposento que felizmente se encontró desocupado; envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los petimetres: éste me tomó la medida, y me llevó á

casa de un mercader de donde sacó cinco varas de paño que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Cinco varas de paño para un vestido á la Española! ¡Justo Cielo! Pero no murmurémos sobre esto. Los satres de reputacion siempre piden mas que los otros. Despues compré ropa blanca de que tenia gran necesidad, medias de seda y sombrero de castor bordado.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo supliqué á Vicente Foreto, mi huésped, me buscarse uno. La mayor parte de los extrangeros que se alojaban en su casa tenian costumbre, luego que llegaban á Madrid, de tomar criados Españoles; lo que atraía á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una cara tan dulce y tan devota que no le quise; me parecia ver á Ambrosio de Lamela: yo no quiero, dixé á Foreto, criados que tengan una fachada tan virtuosa, porque he llevado ya buenos chascos, y estoy escarmentado. Apenas despaché á éste quando llegó otro que parecia muy agudo, mas arriscado que un page de Corte, y algo picarillo. Este me agradó. Le hice algunas preguntas y me respondió con despejo: conocí que era travieso y como de molde para mis negocios. Le recibí y no me arrepentí de mi eleccion; antes conocí bien presto que habia comprado bien. Como el Duque me habia permitido que le ha-

bla-

blase á favor de las personas á quienes quisiese servir, y yo tenia designio de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza, es decir, un hombre astuto que tuviese industria y pudiese escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer Ministro. Justamente éste era el talento de Scipion, que así se llamaba mi lacayo: él habia salido de casa de Doña Ana de Guevara, ama de leche del Príncipe de España, en donde lo habia exercitado, siendo esta señora de aquellas que viéndose con algun crédito en la Corte quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté á Scipion podia obtener gracias del Rey se puso en campaña, y en el mismo dia me dixo: señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo caballero Granadino, llamado Don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de Vmd. para con el Duque de Melar en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: le he hablado, y queria dirigirse al Baron, cuyo poder le han ponderado, pero se lo he quitado de la cabeza haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos officios á peso de oro, en lugar que Vmd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento, y que aun haria estas cosas de valde si la situacion de Vmd. le permitiera seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin, le hablé de modo que mañana por la mañana

le tendrá Vmd. aquí quando se levante. ¡Cómo, pues, le dixé, señor Scipion, Vmd. está ya ducho en este asunto! Conozco que no es principiante en materia de agencias, y me espanto de que Vmd. no esté mas rico. Esto es lo que no debe sorprehender á Vmd., me respondió; yo no atesoro, quiero que circúle el dinero.

Efectivamente vino Don Rogerio de Rada á mi casa, le recibí con una cortesía mezclada de altivez. Señor mio, le dixé, antes de tomar cartas por Vmd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la Corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar al primer Ministro. Hágame Vmd., pues, si gusta, una fiel narracion, y esté persuadido que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el Granadino, voy á contar á Vmd. mi historia sinceramente; y fue de esta suerte.

CAPITULO VIII.

Historia de Don Rogerio de Rada.

Don Anastasio de Rada, hidalgo Granadino, vivia felizmente en la ciudad de Antequera con Doña Estefanía su esposa, lo que añadia á un genio dulce y extremada hermosura una

só-

sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, ella era amada con pasion. El era naturalmente muy zeloso; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger no dexaba de estar inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, sino es de Don Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía; siendo á la verdad éste el único hombre de quien debía desconfiar.

Efectivamente Don Huberto sin atender á la sangre que los unia, ni á la amistad particular que Don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo el atrevimiento de declararla su amor. La señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales conseqüencias reprehendió á su pariente con dulzura, representándole el exceso de su delito en querer seducirla y deshonrar á su marido, y le dixo con mucha seriedad que no debía esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el qual imaginando que era necesario echar el resto con una muger de este carácter, principió usando con ella de unos modos poco respetuosos; y un dia tuvo el atrevimiento de estrecharla á que diese satisfaccion á sus deseos; ella le rechazó con un ayre severo, y le amenazó hacer que Don

Anas-